

LA SIRENA

Por

Lina Schiavetti de Gómez

En el Bazar "La Sirena" había: menestras, aspirinas, hilos, jabón, caramelos revenidos y toda suerte de objetos heterogéneos y polvorientos; era cuestión de buscar lo que cada uno necesitaba hurgando entre los envases desordenados, descifrando las etiquetas desteñidas por los años y la tierra acumulada. Por la mañana, se reunían allí las mujeres, para efectuar sus compras e intercambiar chismes. A medida que avanzaba la tarde, el ambiente del local iba cambiando: poco a poco, llegaban los hombres; pedían un vaso de vino y se sentaban frente al mesón —iluminado por velas de sebo, metidas en el gollete de una botella vacía— y para pasar el rato, jugaban a la brisca, con naipes grasientos del roce de muchas manos. Sus apuestas eran mínimas, pero siempre terminaban en largas y acaloradas discusiones.

Misia Teresa —la dueña del local— era madre soltera; circunstancia que no menoscababa su posición social, en aquella remota caleta de pescadores. Cuando se refería al padre de su hijo, decía: "El Finado" y aunque nadie ignoraba la verdad, nunca la contradijeron, manteniendo discreta reserva. Tal vez ella misma llegó a creer la historia a fuerza de repetirla; los demás, olvidaron el nombre de ese individuo que la sedujo y su físico se desvaneció también, entre las brumas del tiempo, como los trazos que dejara estampados en el frontis de la casa. Era un pintor ambulante y había deco-

rado su fachada —ahora descascarada— con un mural que representaba a una sirena. El tiempo y la intemperie la habían deteriorado bastante —y más le valía— porque jamás fue una obra de arte. Cuando estaba nueva y sus formas desproporcionadas de atrevidos colores resaltaban al sol, Misia Teresa la encontró indecente, obligando al artista a cubrirla públicamente con un espeso manto de cabellos oscuros, que le hacían parecerse a una foca. Ese letrero y Pedrito —un niño de cinco años— era cuanto le quedaba a Misia Teresa del hombre aquel.

Con el producto del negocio, Teresa y Pedrito se mantenían precariamente durante el invierno, hasta que en el verano llegaba Don Lucho, y con este pensionista prosperaban las finanzas. Era el único veraneante en la caleta de pescadores; venía de la ciudad y se quedaba un mes, para descansar y pescar a sus anchas en el apacible lugar, que no ofrecía ninguna comodidad urbana, pero poseía un panorama espléndido. Alojaba y comía en "La Sirena", cuando no se hallaba encaramado sobre las rocas, tirando el anzuelo. Los escasos regionales lo respetaban, porque "no se metía con nadie"; para los pescadores no representaba un competidor serio en el oficio —puesto que la mayoría de las veces traía de vuelta su canasta vacía— y lo estimaban, porque según Ño Joaco —el decano y también persona de pocas palabras— era "más callado que una lengua de erizo"—. Don Lucho salía tem-

prano y siempre solo. Se colocaba un viejo sombrero y una pipa apagada entre los labios, cogía sus aperos de pesca y partía con paso calmado, encaminándose hacia el roquerío que cerraba la caleta por el costado de oriente. Allí permanecía hasta el anochecer —olvidado de todo, hasta de comer— contemplando el mar: a veces límpido, sereno y azul; otras hosco, sombrío y reventando furioso contra los acantilados; pero siempre variado, fascinador y lleno de misterio.

—“Ese pobre caballero se morirá de hambre”— decía Teresa compasiva; y a mediodía mandaba a Pedrito con algunos víveres para su huésped. ¡Era el momento tan esperado por el pequeño! Don Lucho lo había visto crecer, se encariñó con él, y ahora que podía seguirlo en sus excursiones, esos dos se convirtieron en amigos inseparables. Charlaban y reían juntos, dichosos y despreocupados, durante horas enteras, mientras el mayor relataba maravillosos cuentos de las Mil y Una Noches. En la tierna mente de Pedrito se asociaba el viejo Ño Joaco con Simbad el Marino, y su versión particular de la cueva de Alí Baba —donde se guardaban todos los tesoros imaginables— era una réplica del escuálido boliche que regentaba su madre.

Fue en una de esas ocasiones, cuando el chico la vio por primera vez. Emergió de las olas y se recostó graciosa sobre las piedras, cerca de Don Lucho, para tragar con avidez los pescados que él le tendía, contemplándolo con ojos húmedos de admiración y gratitud. El niño quedó alelado, y luego exclamó: “¡Qué linda!”

—“Sí. Viene todos los días. Es muy golosa”.

—“¿Cómo se llama?”.

—“Yo le digo: Sirena”—. Sonreía al responderle, preguntándose a sí mismo ¿cómo habría llegado ahí y qué fenómeno climático o corriente marina la trajo a esa costa, donde nunca antes encontraría una? En cambio Pedrito no se extrañó. Convivía con “La Sirena” desde que nació, de modo que le parecía normal que Don Lucho atrapara una. “Es igualita a la que tiene mi mamá”, replicó convencido. Esa reflexión arrancó carcajadas a Don Lucho y Sirena lo acompañó en su hilaridad, emitiendo sonidos roncós y

aplaudiendo con las aletas que remataban sus cortos brazos. El pequeño expresó tímidamente un deseo: “¿Puedo tocarla?”.

—“Por supuesto. No te hará nada; se domestican muy fácilmente”

—“Nunca había una . . . de verdad”— Temeroso al principio, Pedrito posó su mano torpe sobre la piel fresca y lisa. Ella no se movió, dejándose acariciar. De pronto —emocionado— el niño echó a correr en dirección al poblado, sin mirar atrás. Con infantil alegría, quería llevarle pronto la buena nueva a su madre y llegó sofocado, gritándole: “¡Mamá! . . . ¡Mamá! . . . Don Lucho pescó . . . pescó a la Sirena . . .”.

Misia Teresa se hallaba ocupada, atendiendo a una cliente y le espetó, muy seca: “No hables leseras, hijo”.

Pero el mocoso exaltado insistía: “Le digo que sí . . . ¡Yo la toqué! Está heladita y bien suavcita . . .”

Teresa le propinó un pescozón: “No hay sirenas. ¡Entiende niño! Son puros inventos del Finado”.

No había forma de acallar a Pedrito; hasta que doña Carmela (que tenía fama de “meica”) aconsejó agorera: “Mire, Teresita, castigue a este chiquillo por mentiroso. Usted lo tiene demasiado regalón. Y no lo deje juntarse con Don Lucho; a mí, me da mala espina ese hombre tan raro. ¡Sabe Dios qué barbaridades le mete en la cabecita! Si usted permite, le hago un sahumero para sacarle el mal. Por ser casera, le cobro bien barato . . .”

Desde esa tarde, Pedrito quedó encerrado en el patio trasero de “La Sirena” y al día siguiente, la propia Teresa le llevó su almuerzo a Don Lucho. ¡Casi se desmaya de impresión cuando al acercarse, oyó un sonido extraño, seguido del chapoteo de un cuerpo grueso, alcanzando a divisar esa cola —como de pez— que se zambulló apresurada en el mar!

El, no adelantó comentario alguno; ni ella se lo pidió. Pero la mujer regresó a su hogar, pálida y cavilando: “Tal vez, Pedrito no mintió . . . ¿Existirán las sirenas? . . . ¿Tenía razón el Finado?”

Corrió la voz por toda la caleta y la noticia se difundió veloz, estallando una gran conmoción cuando el mismo Don

Lucho la confirmó inocentemente. Esperaba en la orilla a que atracara el bote de No Joaco, cargado con el lance de la noche, y lo saludó: "Parece que anduvo buena la pesca ¿eh, Joaco?".

—"No me quejo. ¿Y a usted, cómo le fue ayer?"

—"Malito . . . Necesito que me vendas algo".

—"¡Lo que guste! Congrios . . . corvina . . . lenguado?"—. Los sacaba de la embarcación, mostrando con orgullo la pesca reluciente.

—"No. Esos no . . ."— se regodeaba el comprador.

—"Bueno, si quiere carnada, aquí tengo un pedazo de jibia. Es de lo mejor".

—"No me sirve. Tiene que estar vivo"— se agachó y recogió unas sardinillas, que aún saltaban debatiéndose en un charco de agua, al fondo del bongo. "Son para Sirena, que no come nada muerto. ¿Cuánto valen?"—. El otro, le miró con ojos de alucinado y apenas atinó a contestarle: "Nada. Llévselas".

—"Gracias"— continuó Don Lucho amablemente. "Ella, pesca más y mejor que yo, pero siempre le gusta que le dé una sorpresa". Y se alejó, con su andar acompasado de costumbre.

Desde ese instante, nadie quiso siquiera acercarse a Don Lucho; evitaban hasta mirarlo y las viejas se santiguaban con temor supersticioso, cuando lo topaban por casualidad. Pero él no notó —o fingía, sin darse por aludido— contento de que lo dejaran en paz. Pensaba, que el tiempo pasa demasiado rápido y las vacaciones pronto tocarían a su fin. Tendría

que regresar al ajetreo de la capital, donde lo esperaba el trabajo rutinario del escritorio.

Y así, llegó también la hora en que tuvo que despedirse de su amada Sirena. Le explicó, como mejor pudo, que no podía llevarla consigo y que se reunirían en enero del año venidero. La recomendó que se cuidara; que no se acercara a los hombres y que lo recordara, prometiéndole volver. Ella no comprendió las palabras, pero el instinto la hizo entender que algo grave se avecinaba; presentía que nunca más revivirían la dulce unión de que habían disfrutado durante esa breve temporada y no se resignaba a perderla. Lo seguía porfiada, y él —que tampoco quería separarse— tuvo que volver a echarla al agua varias veces, repitiéndole: "Sirena . . . Sirenita . . . Debo hacerlo . . . Déjame ir". Con mucha tristeza, Don Lucho se alejó sin volver a verla ni encomendársela a Pedrito, que continuaba incomunicado.

Ella no se conformó. Durante dos días con sus noches, la pobre abandonada subió a las rocas, donde solía sentarse Don Lucho y husmeaba el aire, buscando su presencia. Paulatinamente, el olor conocido se iba diluyendo arrastrado por la brisa salina —y ella lo llamaba, con patético alarido— pero el viento se llevaba su lamento.

Entonces, desesperada, se atrevió a desobedecerle y siguiendo la huella marcada, se arrastró pesadamente y con dificultad sobre el terreno reseco, ayudándose con las aletas y la cola, guiada por su desarrollado, infalible olfato de foca, hasta llegar exhausta a la puerta de "La Sirena".